

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

Bajo el epigrafe *Similes* contiene *El Saldubense* del dia 19 alusiones á los redactores de EL DUENDE, que traspasan todos los limites de la crítica y aun de la sátira decorosa y licita.

Ausentes dos de los principales redactores y resueltos por otra parte nosotros á no descender jamás al terreno de los dieterios, ni las personalidades ofensivas, nos abstenemos de contestar á nuestro colega, hasta tanto que aquellos nuestro director y amigo regresen, que será en breve, en cuyo caso, no lo dude *El Saldubense*, recibirá UNA CONTESTACION TAN DIGNA Y TAN CONCLUYENTE COMO sus palabras lo exigen.

Los filósofos.

Leí no hace mucho en un periódico francés el siguiente diálogo, que me pareció singular, entre el presidente de una de las cámaras de la policía correccional, y un hombre detenido por delito de mendicidad.

El presidente. Acusado ¿cuál es vuestra profesion?

El acusado..... Soy filósofo.

El presidente.. Esa no es una profesion.

El acusado..... Es la mas noble de las profesiones.

El presidente.. ¿No teneis otros medios de existencia?

El acusado..... Ningun otro.

El presidente.. Entonces sois lo que se llama un vagabundo.»

Este corto diálogo me hizo reflexionar y me pregunté á mí mismo: Qué es un filósofo?

Yo sabia lo que se entiende por un historiador, un

economista, un fisiólogo, un médico, un jurisconsulto; pero un filósofo, ni sospechaba lo que era, ni para qué servia. Avergonzado de mi ignorancia me dirigí á un vecino mio, antiguo comerciante de paños, feliz poseedor de cincuenta mil reales de renta, ganados honradamente, dotado además de buen sentido y de bastantes conocimientos.

—Ser filósofo, me dijo, es calzarse medias de lana en invierno y medias de hilo en el verano; comer cuando se tiene hambre, beber cuando se tiene sed, y mirar tranquilamente como pasan por bajo de sus ventanas las confusiones, los ruidos y las desgracias del mundo. Esta es al menos mi filosofía.

Bien, pensé yo. La misma definicion me hubiese dado una ostra encerrada en su concha. Esta filosofía se asemeja mucho al egoismo.

Poco satisfecho de tal definicion, fui á encontrar á un moralista sábio, austero y profundo y le supliqué me ilustrase sobre este punto: ¿Qué esser filósofo?

—Es un ser dulce, paciente, modesto, olvidando las injurias, indiferente á las vanidades del mundo. Este es el supremo objeto de la filosofía; al menos al que yo me adhiero.

—Perfectamente, dije. Pero un asno es dulce, paciente, modesto; olvida las injurias, es indiferente á las vanidades del mundo. Entonces un asno es un filósofo,

—¿Me insulta V.? Me preguntó el sábio, lanzándome una colérica mirada y casi amenazándome con el puño alzado.

Eché á correr; porque la cólera de los sabios es terrible.

Huyendo, pasé por delante de la Universidad y un cartel en que se leia en letras gordas «Curso de filosofía» atrajo mis miradas. Era precisamente la hora

de la clase: la ocasion me convidaba á instruirme. Entré.

El espíritu de la edad media parecia vagar todavía en el vasto patio de aquel vetusto monumento. Un olor á libros viejos y á rancias ideas permanecia adherido á las amarillentas paredes de este palacio de la antigua teología. Me creí por un momento enmedio del siglo diez y siete. Subí una magnífica escalinata y me encontré en la sala de filosofía.

Un señor, de rostro grave y seco, ocupaba la cátedra. Una docena de discípulos estaban diseminados en los bancos. El catedrático hablaba; presté la mayor atención, creyendo encontrar la esplicacion que tanto buscaba.

—Señores, decia aquel ilustre sábio, guardémonos bien de confundir la esencia con la substancia. En los fenómenos del entendimiento, que resisten al análisis, el contingente llega á ser á veces el necesario, y el absoluto se transforma en una entidad donde se formula la idea del infinito. La objetividad y la subjetividad se resuelven en ecuaciones que nos dan el sentido del yo y del no yo. Quizá encontrareis, señores, esta doctrina demasiado atrevida; pero tiene, al menos, el mérito de ser clara, y me parece que es el objeto relevante de la filosofía.

Creí que habia entrado, por equivocacion, ó oír una esplicacion en chino. Miré á los discípulos y creí verlos entregados á una semi-somnolencia que no me permitia adivinar su pensamiento. Salí de allí tan instruido como habia entrado.

En la puerta topé con un anciano alemán encañecido entre el polvo de las bibliotecas.

—Caballero, le dije, usted que es del país de los filósofos podrá decirme qué es la filosofía?

—Es la ciencia por excelencia: me contestó.

—Perfectamente. ¿Y qué enseña?

—Todo.

—Todo son muchas cosas.

—Si, señor; todo.

—Entonces enseñará á hacer bailar los conejos en dos patas, y á proporcionarse una canongía ó una renta de veinte mil reales. ¿Es esto tambien la filosofía? En buen hora; quiero ser filósofo.

—Sois un ignorante, y tengo el honor de saludaros.

Detuve á mi interlocutor por los faldones de su casaca. Sé que soy un ignorante, y en esto nada me decis de nuevo. Pero precisamente porque conozco mi ignorancia, os suplico que me instruyais. Decidme, por favor, qué es filosofía?

—Es la ciencia que se ocupa en investigar las primeras causas.

—¿Y hace mucho tiempo que esa ciencia existe?

—Mas de tres mil años.

—¿Y cuantas de las primeras causas se han descubierto?

—Ninguna.

—¿Y cuando llegarán á descubrirse?

—Nunca.

—En ese caso no llego á comprender su utilidad.

—Está visto, caballero, que no se halla V. en disposicion de comprenderme. Voy de prisa; adios.

¡Oh, filosofía...! ¿Quién llegará á decirme lo que eres?

Un jóven de risueña y franca fisonomía, á quien yo habia encontrado varias veces en las reuniones, pasó junto á mí. Oyó mi exclamacion y vino á poner término á mis perplejidades.

—La filosofía, querido amigo, no es mas que una palabra que todo el mundo repite, dándola cada uno un sentido diferente, ó mejor dicho, no dándole sentido alguno. En cuanto á ser una ciencia, lo es mucho menos que la alquimia, la nigromancia, la astrología, esas pretendidas ciencias de otro tiempo. La filosofía ha muerto, la ha matado la historia y la fisiología. Los filósofos no son ya mas que acróbatas que juegan en el vacío con las palabras.

—Pero, señor, esos profesores de filosofía, que escriben libros y tienen cátedras ¿qué enseñan?

—Algunos, los mas razonables, enseñan la historia en sus causas, sus efectos y sus relaciones humanas.

Otros, los que creen, ó aparentan creer en lo que se llama la metafísica, no enseñan nada. Dicen grandes frases, inventan sistemas, se entregan á todas las divagaciones de los ingenios que no poseen una severa razon y hacen perder el tiempo á los que les escuchan ó les leen. Pero llevan corbatas blancas, fraques negros, y encuentran el medio de hacerse respetar por una parte del público que no les comprende, y aplaudir por otra que quiere aparentar que les comprende. El mas insignificante leñador es mas útil que ellos. Dentro de cien años, los filósofos serán mirados como hoy lo son los que *tiran las cartas* y se les conducirá amablemente á Leganés ó á Zaragoza.

—¿Y habria algun inconveniente en conducirlos desde ahora? Le pregunté tímidamente.

—No encuentro ninguno por mi parte.

Y dichas estas palabras desapareció sonriendo.

De Neptuno á Pignatelli.

Fragmentos de conversaciones.

I.

La plaza de la Constitucion.

—¿Qué dia, don Martin, qué dia! Este calor es insupportable.

—Demasiado lo siento, don Pantaleon. Qué le ha de hacer V. si no tiene remedio.

—No me hable V.: en mis tiempos no hacia tanto; y es que todo, todo se malea. Ya no hay moralidad, virtudes, religion, vino puro, ni verano.

—A propósito de religion: me dirigí hoy á las Cuarenta horas, cuando he tropezado con el tío Serpiente, abastecedor de *tronados*, el que me ha propuesto un

excelente negocio. ¿Tiene V. disponibles cuatro mil duros?

—¡Pues no pide V. poco...! Ni un cuarto... ¡Que calor, señor!

—Advierto á V. que es cosa de un sesenta por ciento.

—¡Horror! Y será para algun pícaro trapisondista sin conciencia? ¡Qué depravacion!

—Cosa segura. Con hipoteca.

—Con hipoteca ¿eh?... Pero hombre el sesenta por ciento es poco!... ¿Con qué comemos los hombres de bien...?

—Verdad es que los tiempos están malos; así lo quiere el que todo lo puede. ¿Con qué, se hace la cosa?

—En fin: por no dejarle á V. feo, me sacrificio.

—Corriente... Con los negocios y el tiempo tengo un calor...

—¡Bah!.. Aprensiones... aquí me tiene V. tan fresco...

El salon, en las sillas.

—Jacinto, vea V. que gente tan poco categórica pasea.

—Señorita, yo no miro á nadie mas que á V. Donde V. se halla...

—Adios Carolina... Vaya: detesto á esa mujer: tan dengosa, tan presumida y estrenando un vestido cada dia.

—Dejemos á Carolina y hablemos de nosotros. Permita V. le diga que...

—Jesús que peste: ahí tiene V. á Fernando con su mujercita, como él dice; tan juntitos, tan tiernos, tan... ¡uf! No puedo soportar ciertos matrimonios.... siempre el uno tras del otro... ¡Que vida tan monótona la suya!

—Señorita; quiere V. escucharme, sí, ó no?

—Como V. quiera: no estoy de humor de oír majaderías.

—Adios para siempre!

—Hasta luego.

—Valentin, yo adoro á esa mujer. Antes de quince dias será mia. ¿Has visto como me miraba?

—No hice alto: estaba haciendo telégrafos con Rita. ¡Pobre chica, y como me adora!... Mira, somos unos monstruos... abusar así de nuestro talento, de nuestro irresistible paletó, para engañar el corazon de las débiles mujeres...

—Hombre... yo, hásta de ahora, fuera de mis devaneos, con y sin consecuencia, con Juana, Lucía, Antonia, Maruja, Serafina, Marcela, Nicolasa, Petra, Rosemunda y la niñera de Clara, pocos crímenes tengo que echarme en cara.

—Yo no puedo soportar esta existencia... Hay que suponer que el mundo anda al revés; pero las declaraciones llueven sobre mí como una tempestad.

—Anoche Anita me dió una serenata.

—Rita está padeciendo horriblemente al ver mi in-

diferencia. ¿Si nos acercáramos á ellas? !Me causa lástima!

=

—Dime, Rita, quien es aquel tonto que tanto nos mira!

—¿Quién, aquel que tiene dos kilómetros de narices!

—El mismo, el de la trompa.

—Es un pollo, que hace unos dias, al pasar con mamá por la calle de la China, nos interceptó el paso con su descomunal narigon. Yo la supliqué se metiera en un portal, para dejar espedito el tránsito; hizolo así y desde entonces no me deja á sol ni á sombra.

—Pues mira, un novio así no tiene precio... Si parece un elefante! Enseñándole por dinero te harías rica.

—Vamos á ver. En qué direis que se parecen Valentin y la fragata *La Gloire*?

—En el espolon.

—Bravo.... ja... ja... ja... ja...

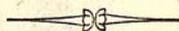
—Creo que se dirige hácia esta parte.

—¡Huyamos!!

En el Salon.

Escena muda.

Parecen espectros, quietos unos, andando otros.... Como está oscuro no se pueden ver los gestos.... Vale mas que así sea.



Se colocaron los faroles.

—

Damos por ello la enhorabuena y las gracias al señor alcalde.

Son bastante bonitos, nos han gustado.

Sin embargo, á fuer de justos haremos alguna ligera observacion.

Falta en ellos una cosa. El Gás.

Esta falta es ya bastante antigua.

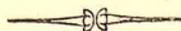
Sobran los dos últimos y aquellos rótulos *Calle de la Independencia* tan encarnados. Estas letras podian sustituirse ventajosamente con otras de metal.

Tambien nos gustan las fuentes. El sistema en ellas empleado, es preferible al de palanca y son mucho mejores que las de Madrid y otras capitales.

Tanto estas como aquellos han sido construidos, bajo la direccion del entendido ingeniero Sr. Averly.

A don Simon Gimeno al cesar en su digno cargo, puede caberle la satisfaccion de que es uno de los que mas eficazmente han contribuido para que empezase la poblacion á presentar un aspecto decente.

Aun estas consideraciones no han detenido ni detendrán en nada nuestras imparciales opiniones.





—¡Tú llevas tres! Yo ninguno.

—Date prisa, ahí tienes uno.

CUADRO DE COSTUMBRES.



—¿Dónde vas con el capazo?
—En busca de moras, chico.
—¿Pero al Africa, Perico?
—Mas cerquica: á ese ribazo.

Llegó la época de los baños. Un sol abrasador que, elevando el termómetro de Reaumur á la friolera de 35°, nos hacia aspirar fuego en vez de aire, obligó al *Duende* á dejar sus patrios lares y á tomar un billete de segunda en el ferro-carril de Navarra. Que podia viajar mas aprisa, mas economicamente, montado en una escoba ó llevado por una legion de brujas, nadie lo dudará. Pero ¿qué veria entonces que digno de ser contado fuese? Nada; viajemos, pues, como todo el mundo viaja, y entretengamos á nuestros lectores, si entretenerse quieren, con la fiel narracion de los percances y sinsabores que á cada paso encuentran los que abandonan las comodidades de su casa por buscar diversiones unos, salud ó alivio á sus dolencias otros, y distraccion á su aburrimiento los mas; dejando á un lado *los* y *las* que viajan, gastan, padecen y se aburren por seguir á fuer de gentes de buen tono, las tiránicas leyes de la moda.

Marcaba las siete de la mañana el reló de la estacion cuando el silvido de la locomotora anunció que era llegado el momento de separarse de las personas queridas, de los amigos, de los conocidos, de la ciudad, en fin, donde tantas desgracias han afligido á *Martinico*; y de la que nunca separarse puede sin que un velo de tristeza cubra su corazon y lo oprima y lo lacere, cual si le anunciase mayores desventuras, quizás tambien una eterna ausencia.

El tren marchaba con la velocidad, con la precision, con el órden que distingue á los de esta línea y nada digno de anotar en mi cartera se ofrecia, cuando los gritos de—*Pare usted... pare usted, que no puedo mas*—lanzados desde un coche de tercera, inmediato al en que *El Duende* iba, llamaron la atencion de todos y nos hicieron temer alguna terrible desgracia, alguna de esas catástrofes, que de tiempo en tiempo se cobra como tributo, la gigante invencion de los caminos de hierro.

El tren corria y el hombre, porque hombre era el de los gritos, seguia desgañitándose, y empeñado en que *parasen*; como si fuera en una recua de maragatos ó en una de esas galeras que, mas que andantes, parecen pintadas en nuestras carreteras.

—Pero ese prógimo se ha vuelto loco—decian muchos. Loco ó no loco, seguia gritando cada vez mas furioso; hasta que llegamos á la estacion de Tudela. Fijamos nuestras miradas en el coche de tercera, de que vimos salir, como alma que lleva el diablo, á un ciudadano gordo, reluciente, con calzon corto, faja y medias de seda, oliendo á *in utroque felix* que trascendia, con las bragas en una mano, apretándose el abultado vientre con la otra, encorvado y cruzando por entre los espectadores casi con la misma velocidad que la locomotora que nos conducia.

Una carcajada general manifestó que adivinábamos la causa de los gritos, de la desesperacion de aquel individuo; y un inglés, mas grave que un asno, que en el mismo tren viajaba, apuntó, por supuesto en inglés, en su libro de memorias *Inconvenientes de viajar*

en los caminos de hierro de España. Emprendió de nuevo el tren su marcha; y nada de particular sucedió en el trayecto, hasta que llegamos á la estacion de Pamplona. Para allí se nos reservaba otra escena, á mi juicio, digna de contarse. Un hombre, como de cuarenta á cincuenta años, sale de un coche de tercera y se queda, con la boca abierta, mirando todo cuanto le rodea; y dirigiéndose despues á *Martinico*, servidor de ustedes, le dice en tono humilde como admirado:

—Aunque usted perdone..... ¿Me querrá decir en donde estamos?

—Cerca de la ciudad de Pamplona; le contesté. Esta es su estacion y la última de la línea.

—Quiá, esa es grilla.

—¿Como, *grilla*?

—Como que usted quiere divertirse conmigo.

—No le entiendo, amigo mio.

—Pues bien me esplico. ¿Quiero saber en donde nos hallamos, y me contesta usted que en Pamplona. Conozco que se quiere usted burlar de mí como de un chino, y le digo que es *grilla*; esto es, que no lo creo.

—Pues señor, déjelo usted, que de valde se lo doy.

—Pero, oiga usted, si no estamos en Pamplona, estaremos en otra parte, y me interesa saberlo. Hablemos, pues, en regla y dígame, pero fuera bromas, en donde estoy.

Ya se lo he dicho á usted, y hablo con toda formalidad.

—¿Quiere usted decirme qué hora es?

—Las doce y cuarto.—Le digo despues de mirar mi reló.

—¿Y hemos salido de Zaragoza á las siete?

—En punto.

El buen hombre soltó una homérica carcajada; y despues que hubo satisfecho su hilaridad, se dirigió de nuevo á mí y á algunos otros que se nos habian acercado, y con maneras francas y el tono mas sencillo, dijo:

—Señores, yo soy de Fréscano, para lo que ustedes gusten mandar, y tengo allí mis hijos, mi mujer y mi casa; todo á la disposicion de ustedes. Tengo además de un macho, con perdon sea dicho, una mula roma que se bebe los vientos. Ni el rocín del cura la alcanza cuando vamos juntos á la feria de Tarazona. No hay para qué decir que todos mis viajes á Zaragoza los hago en mi mula roma. Salgo de allí, es al decir, á las siete de la mañana; chana que chana, con su paso de andadura, me planta en Mallen en seis horicas; que me parece es andar. No daría mi mula por todo el oro del mundo. De Zaragoza á Mallen cuentan ocho leguas: de Zaragoza á Pamplona cuentan... qué sé yo cuantas. Pues este señor, tomándome por un baturro, me quiere hacer creer que desde el Campo del Sepulcro hemos llegado á Pamplona en poco mas de cinco horicas.

—Y esa es la verdad. Dijo gravemente un cura navarro.

—¿Como, qué es la verdad! ¿En Pamplona estamos?
—En Cuatro vientos, que es lo mismo. Añadió el padre cura.

El pobre hombre se quedó estupefacto. Miraba á todos lados con asombro, y sin duda se creía, transportado por encanto á alguno de los mas lejanos confines del mundo.

—¿Y dónde debia usted apearse, buen hombre? Le pregunté.

—¡Otra! En Mallen. ¿Dónde queria usted que fuese?

—Pues cómo, al llegar allí, no se ha apeado usted?

—Porque cuando hemos arrancado de Zaragoza he dicho en mis adentros. «Esta cosa no ha de andar mas que mi mula; aun tengo cinco horicas; pues á dormir se va.» Y coje, y me he dormido.

—Entonces ¿quién le tiene la culpa....

—Los que no me han despertado.

De pronto el hombre se afige, se exalta y comienza á gritar:

—Yo quiero ir á mi casa. Que me lleven á Mallen: allá me espera mi mula.....

—A los gritos acudió el gefe de la estacion; quien, enterado del suceso, se apresuró á tranquilizar á nuestro hombre, prometiéndole que aquella misma tarde se le llevaria á Mallen.

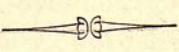
—Pero entretanto.....

No sé lo que al pobre Frescanense iba á añadir; pero le atajé diciéndole:

—Entretanto pasará usted el dia conmigo y hablaremos de Fréscano, de Alveta, de Borja y de su familia de usted. Con que ánimo y...

Las voces de «Al coche los viajeros que vayan á Pamplona» interrumpieron nuestro diálogo. Mi paisano me siguió sinó gustoso, resignado al menos. Al volverme topé con el inglés que, escribiendo en su cartera, murmuraba *En España los que mas corren suelen llegar mas tarde.* Estuve por arrimarme un *trompis*; pero los coches iban llenándose y no quise quedarme pié á tierra. Subimos y el vehículo tomó la direccion de Pamplona.

(Se continuará.)



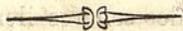
A Lip.

Quiero que me des noticias
de nuestra hermosa ciudad,
y saber por tu conducto,
fidedigno por demás,
si han concluido las obras
de la plaza del Pilar;
si se han puesto las columnas
del Salon; si alumbran ya
los faroles; si es aceite
ó si es de portatil gas
su alimento: si ha llovido
y economiza el regar;

en qué vá lo del teatro,
lo de las fuentes, y si hay
proyectos de grandes fiestas
para el próximo Pilar.
En cuanto á fiestas, amigo,
las hay aquí en cantidad.
Se reducen, lo primero,
á dos señores con frac
que van tocando en un pito
los lamentos de Caifás.
Los tales señores llenan
su mision con tanto afán
que parecen *Emperantes*
que acaban de consagrar.
Bailan al son los muchachos
y las muchachas de acá,
que, de fijo, es lo mejor
que se halla en San Sebastian.
Despues del pito, á la noche,
con toda solemnidad,
en la plaza de este pueblo
ó, si se quiere, ciudad,
preséntase un energúmeno,
cargado con un costal,
rodeado de cohetes,
que dándole fuego... zas,
comienza á correr el zángano
y las niñas á chillar,
él derramando sus chispas,
y ellas su gracia sin par;
él quemando las levitas,
ellas el alma... ¡san Blas!
Si me descuido me pierdo
y no volveisme á encontrar.
Y con todas estas cosas,
que pocas parecerán,
se finalizan las fiestas
de este pueblo... no, ciudad.

Es costumbre muy antigua
nuestro rincon despreciar,
y decir que Zaragoza
hoy muy atrasada está
y que falta esto y aquello,
lo otro y lo de mas allá.
Estupidez, tontería,
ganas de barbarizar.
Por mas que algun don Fulano
me trate aquí de parcial
he de decir que no he visto
mas deliciosa ciudad;
que es muy bonita y muy cómoda
y muy barata ¿qué mas?
Que su campiña es divina;
que su misma antigüedad
es fuente viva, do aprende
todo ciudadano á honrar
virtudes de aquellos héroes

que dieron fama inmortal á Aragon, y... á toda España. Que Zaragoza, en verdad, es el pueblo cuya historia mas limpia y honrada está. Esto te lo digo, chico, que así lo siento; cabal. No ha de ser todo en *El Duende* dar que reir y zurrar.



Cuentos de «El Duende.»

El jóven Rudesindo de Z.... era un mocito ridículamente contrahecho; pero en cambio era tan tonto como Pichote.

¿Conocian ustedes á Pichote?

Sin embargo tenia furor—no Pichote sino Rudesindo—por mostrarse con pretensiones en las mas brillantes sociedades, de las que era el *hazme reir*, ignorando él solo sus ridiculeces.

Acudió cierto dia á un baile de etiqueta, y tan pronto como se lanzó á bailar se vió cercado de espectadores que reian á sus espensas. Había entre estos un personaje grave, que no se divertía y que repetía sin cesar encogiéndose de hombros:

—Pero señor, cómo pueda presentarse en un baile quien de esa manera baila?

Esta pregunta, repetida con harta frecuencia, llegó á oídos de Rudesindo, quien encarándose al personaje, con un tono chillon, nasal y ridículo como su figura, le dijo:

—Caballero, sepa V. que si yo bailo mal acostumbro á batirme muy bien.

—Entonces, caballero, le respondió aquel gravemente; aconsejo á V. que se bata cuanto quiera, pero que no baile nunca.

Preguntaban en una ocasion á nuestro sabio compatriota el doctor Orfila cómo acostumbran á morir casi siempre los médicos.

—Los médicos, respondió, mueren de hambre ó de fatiga. Desconocidos, mueren en la miseria; conocidos bajo el peso del trabajo.

El opulento lord D.... se hallaba en su casa de campo cuando estalló una furiosa tempestad: el milord continuó, sin embargo, tranquilamente almorzando, en compañía de su cara mitad.

De repente un rayo penetró en el comedor, reduce á cenizas á la señora, y vuelve á salir por una ventana. Lord D.... sin alterarse, tira del cordon de la campanilla. Un lacayo entra.

—John,—le dijo con flema británica, continuando en

devorar su *plum-pudding*—barred de aquí á la señora y servidme el *champagne*.

Los cazadores cuentan cosas y casos admirables de sus cacerías. Decia uno de ellos en cierta ocasion:

—Salta una liebre á diez pasos y disparo sobre ella.

El tiro recogido de mis perdigones la parte por medio. Pues, admírate, durante mas de quinientos pasos, las patas de atrás corrieron en busca de las patas de delante.

—¿Y las alcanzaron?

—No; porque se enredaron en una zarza.

—Buenos dias, vecinito; creia que estaba V. enfermo. Ya no se le oye á V. tocar el violon.

—Ah, señora, es que el dueño de la casa no quiere música, por la parte de la calle y ahora toco por detrás, y sin que resuene.

¿Crearás, amiga mia, que Virginia se casa en tercercas nupcias, mientras hay tantas que no se casan jamás?

—No me admira, querida: basta que una sea viuda para encontrar veinte maridos. De todos ellos no hay mas que uno difícil de atrapar: ese *uno* es el primero.

Un gefe del resguardo de la marina inglesa sabia sacar partido de su ventajosa posicion.

Cierto capitán de un buque español, que necesitaba de la proteccion del gefe inglés, le envió un dia como regalo un fardo de esquisito café.

—Qué es esto? preguntó el gefe al criado que acompañaba al regalo.

—Señor, es un fardo de excelente café de Moka que don A. B. mi amo, suplica á V. se digne aceptarlo.

Bien está: déjalo ahí. Y puedes decir á tu amo que yo no acostumbro jamás á tomar el café sin azúcar.

El capitán se apresuró á enviar al desinteresado hijo de la nebulosa Albion un fardo de azúcar.

Yo no recuerdo donde he leído esta singular definicion acerca de los pobres de espíritu.

«Los pobres de espíritu, decia el libro aquel, son los ricos de dinero.»

—Mucho se eleva la M... *trenzando*; decian á cierto director de baile, aludiendo á una de sus primeras hailerinas.

—Mucho. Contestó gravemente. Y si no se eleva mas es porque llegaria á aburrirse en el aire, no teniendo quien la diese conversacion.

El director de baile era andaluz.

Editor responsable: MANUEL ALLUE.

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862.